

Desde Asia Menor hasta la Turquía contemporánea:
“Sufrimiento, Persecución y Martirio en el Tiempo y el Espacio”
Carlos Madrigal

El cementerio de la Iglesia

Las tierras, historia y pueblos de Asia Menor se erigen hasta nuestros días con sus profundas cicatrices, como testigos de excepción de los retos y sufrimientos de la iglesia en todas las edades. Fuera de Tierra Santa es difícil encontrar otro lugar del mundo donde hayan confluído tantos hechos relevantes para la fe cristiana. Estamos hablando de las tierras conocidas como “la cuna de la Iglesia”, porque es allí donde se fundó la primera iglesia gentil –preámbulo de una iglesia universal–, la primera iglesia misionera –preámbulo de su extensión mundial–, y así hasta las siete iglesias de Apocalipsis que prefiguraron y ejemplifican las glorias y penurias de la iglesia terrenal.

Pero el mismo escenario, donde la Iglesia cobró esa vitalidad que la impulsó a través de los siglos hasta nuestros días, se ha convertido hoy en lo que se ha llamado “el cementerio de la Iglesia”. Porque siendo como es la geografía que la vio nacer, hoy es uno de los lugares del mundo donde la erradicación del Cristianismo se ha hecho más patente, hasta el punto de desaparecer prácticamente. ¿Qué ha ocurrido en este lapso de veinte siglos? ¿Qué ha causado tal declive? Sufrimientos, persecuciones y martirios sin número...

Si hablamos de Asia Menor, estamos hablando de la tierra del Tigris y el Eufrates, fuentes que regaban el paraíso; del monte Ararat, donde se posó el arca; de Harán, tierra originaria de Abraham; de Tarso, ciudad natal de Pablo; de Antioquia de Siria, la primera iglesia misionera; de Patmos, la cárcel exiliar de Juan; de Galacia, de Bitinia, de Cónia, Tracia, Capadocia... y de los 7 candeleros de Asia. Y aquí recordamos que nadie sino el propio Señor puede apagar el candelero de la iglesia, y que nadie sino la propia comunidad de creyentes tiene la responsabilidad y la autoridad para mantener viva esa llama. Tampoco olvidamos que es el Señor quien “reedificará las ruinas antiguas, levantará los lugares devastados de antaño, y restaurará las ciudades arruinadas, los lugares asolados de muchas generaciones” trayendo salvación, gozo y justicia a todos los pueblos (Isaías 61:4, 10).¹

Como obrero en Sus labores, con más de 25 años de servicio en estas latitudes, creo que debemos aprender grandes lecciones de la devastación sufrida en estas tierras, incluso cobrar ánimo y equiparnos para la gran restauración espiritual por llegar.

Una epístola para Asia Menor

Pero, ¿qué papel han jugado las adversidades, las persecuciones y por ende las matanzas en Asia Menor? ¿Y qué lecciones podemos destacar? No quisiera hacer un simple repaso de todos los hechos históricos –que tampoco sería posible– sino más bien narrar alguno “desde dentro”, levantando acta testimonial desde la iglesia sufriente (como las *Acta Martyrum*), ¡y por tanto la iglesia victoriosa! No me gustaría caer en un estudio frío, que alejara de nosotros la realidad y la necesidad de sentir que somos uno con toda iglesia que sufre persecución, sino hacerme eco de las palabras del apóstol Pedro, para que sepamos identificarnos con las

¹ No puedo evitar hacer mención aquí de cómo a veces este tipo de expresiones nuestras es malentendido o tergiversado por ciertos sectores en Turquía, que quieren ver declaraciones imperialistas en estos deseos de bendición espiritual para todos los pueblos, como si nuestro objetivo fuera quitarles las tierras y desposeerlos de su patria. Sin embargo, ¡nada más lejos de nuestro propósito! Este empeño en torcer nuestras palabras es otro tipo de persecución, en el que toda propuesta para comunicar el evangelio es presentado como una acción colonizadora. Y por tanto es una manera de ejercer una presión acusatoria e intimidatoria sobre la legitimidad y libertad del pensamiento cristiano.

“experiencias de sufrimiento que se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo” (1Pe 5:9) y ser parte activa así de esa iglesia gloriosa. Pedro escribía estas palabras precisamente a “los dispersados” en Asia Menor: “en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1Pe 1:1).

El propio Señor se dirige a sus Siete Iglesias –iglesias amenazadas desde dentro y desde fuera– con palabras de reproche y de elogio, según cada caso. Pero sólo hay dos a las que no les hace ninguna crítica, y con las que sólo usa palabras de aprobación y ánimo: Esmirna y Filadelfia. ¿Por qué? Por ser las dos únicas iglesias que emplean todas sus fuerzas para sobreponerse a la persecución y sobrevivir: una debido a la persecución hasta el martirio de aquellos que eran portavoces de la Palabra (Esmirna), la otra debido a la persecución difamatoria en contra de la proclamación de la Palabra (Filadelfia). Para aquellos que son fieles ante el sufrimiento, la persecución y el martirio, el Señor no tiene palabras de reproche. No es que sean perfectos, es que llevan la “marca de Cristo en sus cuerpos” y esta gloria eclipsa por completo cualquier defecto. Esto fue entonces así, y ha seguido siendo igual a lo largo de la historia de la iglesia.

Como contraste vivimos en un mundo y vemos una Iglesia cada vez más obsesionada por cómo *erradicar de la vida cotidiana el dolor en pro del bienestar*. Sin embargo la primera iglesia vivía entregada a *erradicar el mal del mundo a base de sacrificios*. ¿Cual de estas dos posturas nos parece que está más de acorde al espíritu del Evangelio? Acabar con el sufrimiento es uno de los objetivos del Evangelio, pero es un objetivo colateral –si se me permite la expresión– y no el objetivo central. Buscar la sanidad, consolar a los deprimidos, orar por provisión, y buscar la felicidad, son aspectos de vivir el Evangelio. Pero si buscamos una vida sin enfermedades, sin adversidades, de opulencia y de éxito continuo ¿no vamos algo a la deriva? Y si querer acabar con el sufrimiento nos hace desistir de toda empresa que requiera sufrimiento, ¿no acabaremos encerrándonos en nosotros mismos y rehuyendo los grandes retos que entraña llegar con el Evangelio a las zonas más peligrosas del mundo?

En cambio si asumimos que la tarea de la iglesia es “erradicar el mal del mundo sea cual sea el sacrificio requerido”, entonces las palabras de Pedro a los creyentes sufrientes en Asia Menor cobran un gran significado: “Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado” (1ª Pedro 4:1). Debemos recuperar una actitud mental, una cosmovisión de la misión, que incluya el “padecimiento”. No se trata de una búsqueda de la mortificación y del sufrimiento como un fin en sí mismo, sino de redescubrir el fin último y el coste que en muchas ocasiones va a demandar. El fin es erradicar el mal; el coste es el sacrificio.

La siembra de Diocleciano

El Imperio Romano, durante los tres primeros siglos de la historia de la iglesia, desencadenó 10 grandes olas de persecución, a cual más feroz, sobre la nueva fe cristiana. En las tierras de Asia Menor se acuñaron frases célebres como las de Ignacio Mártir, obispo de Antioquia (68-107 d.C.), “Soy el trigo de Dios; necesito ser molido por los dientes de las fieras para llegar a ser pan limpio de Cristo”²; o las de Policarpo, obispo de Esmirna a sus verdugos (74-155 d.C.): “Durante ochenta y seis años he servido a Cristo, y nunca me ha hecho ningún mal... Tu amenazas con fuego que arde por un hora y luego se apaga; pero ignoras el fuego del

² Epístola de Ignacio Mártir a los Romanos IV, 1.

juicio venidero y el castigo eterno...”³ Y así hasta llegar a la célebre sentencia de Tertuliano (160-220 d.C.): “La sangre de los mártires es semilla de cristianos.”⁴

Las persecuciones no acabaron con los cristianos, es más a pesar de ellas, o quizás gracias a ellas los cristianos sobrevivieron al propio Imperio Romano. De ello es ejemplo, en el contexto de Asia Menor, la última y más devastadora de las persecuciones imperiales: la decretada del 303 al 313 d.C. por el emperador Diocleciano y refrendada –o quizás instigada– por Galerio, su César subalterno. Se dice que a raíz de esta represión murieron la mitad del total de mártires de toda la época romana.⁵ Sobre la misma informan, tanto Eusebio⁶ en su *Historia Eclesiástica*, como Lactancio⁷ en su libro de la *Muerte De Los Perseguidores*. Hasta tal punto fue sistemático que elevó una columna con la inscripción “Extincto nomine Christianorum”.⁸ Hoy, sobre el emplazamiento del palacio de Diocleciano en la antigua Nicomedia, se erige la ciudad de Izmit-Kocaeli, en la moderna Turquía.

En 1998 el Señor nos guió para empezar obra en Izmit (no Izmir). Tras un año de siembra decidimos buscar un edificio –según nuestras posibilidades económicas– para comprarlo y usarlo como iglesia. El 17 de Agosto de 1999 un terremoto de 7,4 en la escala de Richter devastó la ciudad. ¡Más de 35.000 personas murieron en un lapso de 45 segundos! Nuestro edificio se convirtió de inmediato en un centro de distribución de la ayuda humanitaria enviada por organizaciones evangélicas de todas partes del mundo. La iglesia no sufrió ningún daño, pero varios de los edificios de las cuadras de enfrente se derrumbaron. ¡Y debajo aparecieron los restos del palacio de Diocleciano! De todos los lugares posibles en una ciudad con más de un millón de habitantes, sin saberlo nosotros, el lugar donde habíamos emplazado la iglesia estaba sobre el palacio de aquel que más sangre de mártires había derramado de toda la historia. ¿Casualidad, guía providencial? ¡Si atendemos a una de las versiones de la máxima de Tertuliano –“la sangre de los mártires es semilla de la iglesia”– la respuesta no ofrece mucha duda! Esta pequeña y titubeante iglesia permanece hoy allí, luchando contra viento y marea para salir adelante.

Los frutos de la persecución

Con la persecución iniciada por Diocleciano, un soldado de la guardia personal del emperador conocido por Jorge, recibió órdenes de participar en la represión. Pero éste prefirió dar a conocer su condición de cristiano y oponerse a la decisión imperial. Un airado Diocleciano reaccionó ordenando su tortura, que soportó sin emitir una sola queja, y posteriormente lo ejecutó. Jorge fue decapitado frente a las murallas de Nicomedia (Izmit) el 23

³ Martirio de Policarpo, Cáp. IX, XI.

⁴ Apología, XL,13.

⁵ El historiador inglés del siglo XVIII Edward Gibbon redujo a un máximo de 2.000 el número de víctimas cristianas durante la Gran Persecución (303-313) y sugirió un total de 4.000 para todo el período imperial. Hoy día los historiadores afirman que no se puede determinar un número exacto: las cifras que se barajan oscilan entre 10.000 y 100.000 mártires: “Ateniéndonos a los cálculos de L. Hertling, se podría estimar que, durante la segunda mitad del siglo I (Nerón, Domiciano), los mártires serían unos cinco mil; para todo el siglo II (Adriano, Trajano, Antonio, Marco Aurelio), unos diez mil; para todo el siglo III (Séptimo Severo, Decio, Valeriano, Aureliano), unos veinticinco mil; y para finales del siglo III y comienzos del siglo IV (Diocleciano, Galerio, Maximino Daja), unos cincuenta mil; con lo cual se podría calcular el número de los mártires de las persecuciones del Imperio Romano en torno a cien mil” (ÁLVAREZ GÓMEZ, *Historia de la Iglesia, Edad Antigua*, Madrid 2001, pp. 104-105).

⁶ Eusebius, *Historia Ecclesiastica* VIII, iv, 2-3.

⁷ Lactantius, *De Mortibus Persecutorum* X, 1-5.

⁸ “The name of Christian is extinguished”; Harold J. Sala, *Why You Can Have Confidence in the BIBLE*, Harvest House Publishers, 2008, p. 58. Se habla también de que hizo acuñar una moneda con la leyenda “Diocleciano, emperador que destruyó el nombre cristiano.”

de abril del 303. Los testigos de sus sufrimientos convencieron a la emperatriz Alejandra y a una anónima sacerdotisa pagana a convertirse al cristianismo, quienes pasarían a unirse a Jorge en el martirio. Hoy este mártir es conocido como San Jorge...

La persecución en Nicomedia y Capadocia son ilustrativas de como en última instancia la persecución y el martirio, si bien son un duro golpe a la subsistencia y la extensión del Evangelio, también lo revitalizan, aportando un sentido de gesta épica y de victoria sobre todos los poderes de la muerte.

Estas persecuciones fueron el germen, por una parte para uno de los mayores patrimonios artísticos –las iglesias excavadas y pintadas en las cuevas de Capadocia– y por otra, para una de los relatos de mayor influencia en la conciencia popular –la leyenda de San Jorge. Ambos hechos, más allá de los aspectos anecdóticos y legendarios, dejan de manifiesto que todo sacrificio de fe, acaba siendo semilla para la restauración y revitalización de la fe.

Así la última y más sangrienta de las persecuciones de Roma propició pocos años más tarde la legitimación definitiva de los cristianos en el imperio. Pero con ello poco a poco proliferó una nueva modalidad de persecución, más terrible aún: la de los cristianos contra los cristianos, y contra las demás religiones, que llegaría a su cenit con las cruzadas y la Inquisición. ¡Más terrible, porque esta vez se hacía en nombre de Cristo! Este es un episodio que no podemos eludir antes de llegar a los relatos del siglo XIX. Y aunque las cruzadas nos puedan parecer un tema desconectado del que nos ocupa, no podemos ni debemos dejar de mencionarlas. Porque las cruzadas han dejado huellas profundas sin cicatrizar por todo Oriente Medio. Y no sólo en la conciencia histórica de los musulmanes, sino también en la de nuestros correligionarios ortodoxos, armenios, nestorianos, coptos...

Si bien a mis amigos turcos que sacan a relucir las cruzadas y la Inquisición (que para ellos son dos caras de la misma moneda) les digo que “nosotros” los protestantes éramos tan víctimas de esta persecución como lo fueron judíos y musulmanes (entiéndase, por parte de la Inquisición), no podemos ignorar ni desentendernos de estas dos lacras de la “cristiandad”. Es más debemos asumir no sólo el papel de ‘sufriente’ sino el de ‘penitente’, para reconocer las barbaries hechas en nombre de Cristo y pedir perdón por ellas, aunque podamos pertenecer al bando de las víctimas.

Porque, si la persecución humilla y hiere, perdonar y saber pedir perdón en cambio, nos dignifica y nos hace más que vencedores.

Vencemos cuando asumimos la persecución como la voluntad del Señor y como preludeo de Su victoria. Como hace ya unos años redescubrí en las palabras del sufriente Jeremías: “Bueno es para el hombre... que dé la mejilla al que lo hiere; que se sacie de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre; Antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias.” (Lamentaciones 3:30-32)

El perdón incondicional es la victoria sobrenatural que consigue el martirio y que se convierte en semilla... “Señor, no les tomes en cuenta este pecado... Así que los que habían sido esparcidos iban predicando la palabra.” (Hechos 7:60, 8:4)

Hacia la Turquía moderna

Tras la rápida extensión del Islam en el siglo VIII, a finales del siglo XV, principios del XVI la configuración del mapa religioso alrededor del Mediterráneo cambiaría drásticamente. Mientras Constantinopla caía en manos de los otomanos (1453), Granada era reconquistada por los Reyes Católicos (1492) y los musulmanes expulsados de la Península Ibérica (1502). Por su parte Lutero clavaba sus 95 tesis en la puerta de Wittenberg (1517), mientras que los otomanos extendían su imperio esta vez casi hasta las puertas de Viena (1529).

Los turcos otomanos agruparon las distintas poblaciones según su *millet* (i.e. nacionalidades), que se determinaron según las confesiones religiosas. Aparte del *millet* musulmán de los gobernantes, estaba el *millet* judío, el *millet* de los armenios gregorianos, el *millet* católico (incluso hubo un *millet* protestante en el siglo XIX), y finalmente el *millet* ortodoxo, el mayor después del musulmán. Los *millet* disfrutaban de un buen grado de autonomía y estaban regidos por sus respectivas autoridades religiosas, y así continuó hasta el momento en que empezaron a pujar los nacionalismos en el siglo XIX. Con la independización de Grecia primero y de los Balcanes en la antesala de la primera guerra mundial después (i.e. Yugoslavia, Albania, Hungría, Rumania, Bulgaria), los *millet* cristianos fueron vistos esta vez como fuerzas disidentes, ávidas del apoyo de occidente para acabar de rematar el Imperio Otomano. Esto generó recelo, y por ende un sentimiento de urgencia por aplastar a estos enemigos ‘instalados en el patio de casa’.

Con la excusa de evitar un levantamiento, en 1915 los armenios fueron deportados de sus tierras, pero la consecuencia fue que sufrieron un exterminio sin precedentes a lo largo de su éxodo. Los armenios se llevaron la peor parte del recelo hacia las minorías étnicas. Esta última matanza, frente a otras menores que ya habían sufrido, se cobró trescientas mil víctimas –según los unos– y más de un millón y medios –según los otros. Lo que recuerdan los turcos, sin embargo, es la percepción de “traición” de estos *millet* ciudadanos del imperio. Recelos que los vieron confirmados cuando en 1919 el Patriarcado Ecuménico aclamó al ejército griego que invadió Anatolia Occidental. A partir de ese momento, para muchos turcos el patriarcado y las minorías étnicas se convirtieron en una “quinta columna”⁹; es decir, traidores infiltrados.

Aunque no podemos adentrarnos aquí en más detalles este rapidísimo análisis nos servirá para entender el detonante de lo que es recordado en la Turquía moderna como “el 6 y 7 de septiembre negro” de 1955. Fecha en la que la opinión pública del país estaba profundamente alterada por la problemática de Chipre. Asaltos, pillajes, asesinatos y violaciones asolaron los barrios centrales de Estambul donde estaban concentradas las minorías cristianas y judías, y sus negocios. Los eventos se desencadenaron por una noticia falsa sobre la explosión de una supuesta bomba el día anterior en Tesalónica (Grecia), en la casa donde en 1881 había nacido el que sería el fundador de la república turca Mustafa Kemal Atatürk. Una turba asaltó y arrasó por espacio de nueve horas, más de 5.000 locales de la minoría griega, y de paso judía y armenia.¹⁰ La turba fue alentada por ciertos grupos organizados que se encargaron de localizar las casas, negocios, templos y cementerios de estas comunidades.¹¹ Murieron de 11 a 15 personas (dependiendo de las fuentes), hubieron de 30 a 300 heridos, y entre 60 a 400 mujeres fueron violadas.¹² Esto aceleró todavía más la emigración de griegos étnicos (*Rum*, en turco) de la región de Estambul, cuya población minoritaria griega se redujo de 135.000 en 1924 a alrededor de 7.000 en 1978.¹³

Aunque estos no son actos perpetrados contra cristianos por causa directa de su fe, sino por motivos chovinistas y ultra nacionalistas, nos proporcionan un marco de comprensión –que no de justificación– para entender las reacciones de todo tipo contra los cristianos y especialmente contra todo intento de extender el evangelio en la Turquía de hoy.¹⁴

⁹ En turco “besinci kol”; i.e. fuerzas de espionaje y sabotaje para erosionar un estado y llegar así a derrocarlo.

¹⁰ “6-7 Eylül Olayları” 6 Eylül 2005 tarihli Radikal gazetesi URL erisim tarihi: 29 Haziran 2008.

¹¹ Koçoğlu, Yahya, *Azınlık Gençleri Anlatıyor*, Metis Yayınları, İstanbul, 2001, pp.25-31.

¹² “400 Kadına Tecavüz Edildi”, *Sabah* gazetesi, URL erisim tarihi: 26 Eylül 2009.

¹³ Ali Tuna Kuyucu, «Ethno-religious 'unmixing' of 'Turkey': 6-7 September riots as a case in Turkish nationalism», *Nations and Nationalism*, Volume 11, Issue 3, July 2005, pp. 361–380.

¹⁴ Toda actividad evangelística, o de proclamación y defensa de la fe cristiana, es entendida por ciertos sectores como proselitismo ilegal y por ende como una estrategia más de la “quinta columna”.

Un nuevo renacer

Es apenas en la década de los 60 cuando se intenta reiniciar en Turquía la obra evangélica, tras un lapso de medio siglo procurando pasar inadvertidos para sobrevivir. De los avivamientos de finales del siglo XIX prácticamente no ha quedado nada. Porque efectivamente Turquía, o lo que entonces era la extensa zona de Anatolia perteneciente al Imperio Otomano, fue testigo de múltiples avivamientos entre las minorías étnicas de origen cristiano. Los hijos e hijas de estos avivamientos o perdieron sus vidas en los acontecimientos de principios de siglo o huyeron a otras latitudes y continentes buscando salvar sus vidas. Hoy subsisten desparramados por Europa y el Nuevo Mundo, especialmente Suramérica.

Pero en los años 80 despunta un fenómeno inaudito: turcos de trasfondo musulmán se convierten a la fe cristiana y empiezan a formar “iglesias protestantes turcas”; donde “turcas” significa “de etnia turca” y no de las minorías etno-cristianas. En los 90 intentan encontrar su marco legal en un país que se declara secular y equidistante a todas las religiones, pero a la práctica los ve como una amenaza. A finales de los 90, estos turcos convertidos empiezan a aparecer en programas televisivos de debate, donde dan testimonio de su fe y soportan toda clase de improperios contra el Evangelio. En el 2005 la Comisión de Seguridad del Estado identifica tres amenazas principales contra el estado turco: el terrorismo kurdo, el integrismo islámico y el proselitismo de los misioneros.¹⁵ Las noticias sobre miles de iglesias clandestinas, escondidas en las casas, lo que llaman “iglesias pirata”; sobre millones de dólares para comprar tierras y reclutar misioneros nativos a sueldo; sobre jóvenes inadaptados engañados con toda clase de promesas de compensación económica; crean un clima de psicosis global y temor hacia los protestantes que culmina en las declaraciones de la ex-primer dama Rahsan Ecevit –de un partido de izquierdas aconfesional– que escribe un comunicado de prensa en el 2005: “nuestra religión se está echando a perder”.¹⁶ Y añade: “en nuestro país las iglesias se han infiltrado en los edificios de apartamentos. Algunos ciudadanos se hacen cristianos por diversos intereses. Y a todo esto las autoridades hacen la vista gorda... No quiero que me gobiernen sectas camufladas. Quiero que me devuelvan mi país.”

En una cultura donde el discurso sobre “enemigos invisibles que quieren demoler el estado” crea psicosis, los niños que tenían 5 o 6 años a mediados de los 90, crecieron hasta su mayoría de edad bajo la ‘amenaza’ del proselitismo clandestino, y bajo un estado y sus representantes que identificaba a los misioneros como el “peligro público número uno”, y a su vez no hacía o ‘no podía’ hacer nada para combatirlos. Algunos de estos jóvenes adoctrinados con el imperativo de salvar la patria de la intromisión del cristianismo presentado como el instrumento para destruirla, han sido “carne de cañón” para sectores ultra nacionalistas que los han instigado hasta el asesinato.

¡Con todo, la naciente iglesia turca no renuncia ni a servir a su país ni a conseguir un lugar legitimado en la sociedad turca!

Los mártires de hoy

Toda agresión tiene una explicación lógica, aunque no una justificación ética. No ignoramos las causas espirituales que provocan la persecución, pero tampoco debemos ignorar

¹⁵ “İç Güvenlik Strateji Belgesi” 31 Ekim 2005 tarihli belge, ikincicumhuriyet.org URL erisim tarihi: 3.11.2010.

¹⁶ “Ecevit: Din elden gidiyor” 3 Ocak 2005 tarihli Radikal gazetesi URL erisim tarihi: 11 Kasım 2009. “... ülkemizde kiliseler yer yer apartman katlarına kadar yayıldı. Kimi vatandaşlarımız, kah ikna yoluyla kah çıkar saglanarak Hıristiyan yapıyor. Bu faaliyetlere de göz yumuluyor... Ben takiyelerle yönetilmek istemiyorum. Ben ülkemi geri istiyorum.”

aquellas causas económicas, sociales, políticas o culturales que tienen también incidencia sobre lo espiritual. Y por ello ha sido inevitable considerar ciertos detalles del contexto social que en estos últimos años ha precedido y propiciado otra página negra en la historia de Oriente Medio. En otras partes y contextos del mundo los cristianos viven dramas aún mayores por causa de la fe. Pero lo trágico del caso turco es que como nación se ufana de ser tolerante y un ejemplo de libertades a seguir por otros, pero en la práctica se sigue aireando un discurso sobre “enemigos infiltrados” que hay que eliminar. Y los que no suscriben este discurso, cuando menos piensan de los cristianos, que en aras de la libertad no deberían provocar a la masa y sus prejuicios. La idea es: “No les habría pasado si no se lo hubieran buscado”. Las víctimas acaban siendo los culpables de turbar lo que algunos han llamado la “pax otomana”.

¿Quiénes son estos turbadores de la paz? Siento no poder escribir desapasionadamente sobre estos temas, porque me tocan demasiado de cerca. Los supuestos turbadores de la paz, en realidad eran mensajeros de paz y murieron por predicar la paz, de palabra y de hecho.

Desde 2006, en los últimos 4 años siete cristianos han sido asesinados atrozmente y se han dado otros varios intentos fallidos. Digo atrozmente porque han sido asesinados de una forma premeditada y ominosa, pasando por la tortura en algunos casos.

El 5 de febrero de 2006 Andrea Santero, sacerdote católico en Trabzon (costa del Mar Negro), murió de dos tiros en la nuca mientras hacía sus oraciones en los bancos de su iglesia. ¿Su delito? Intentar rescatar algunas prostitutas de la vida ignominiosa que llevaban, incomodar a algunos por tener una integridad y testimonio envidiable. Su asesino se excusó alegando la ofensa de las caricaturas de Mahoma.

El 19 de enero de 2007 Hrant Dink periodista armenio y evangélico, fue abatido a tiros en la entrada del periódico armenio que dirigía en Estambul, por buscar vías de reconciliación entre armenios y turcos que pasaran por afrontar con valentía los hechos y no por la negación sistemática de los mismos.

El 18 de Abril de 2007 tres evangélicos fueron torturados y degollados en la oficina de la publicadora que representaban en Malatya (sureste de Turquía). Dos de ellos turcos convertidos del Islam: Necati Aydin, de 36 años, y Ugur Yüksel, de 32. El tercero, Tilman Geske, de 45, era ciudadano alemán. ¿Su delito? Distribuir Biblias, celebrar la Navidad en un hotel con amigos y allegados...

El 16 de diciembre de 2007 el sacerdote católico Adriano Francini fue acuchillado y herido en Esmirna. Afortunadamente salvó la vida. El día anterior el agresor había llamado antes a nuestra iglesia en Eskisehir (Anatolia). Pero el pastor turco –que ya había recibido una paliza un par de años antes tras atender a una llamada similar y acudir a una cita– se excusó y colgó. El agresor entonces decidió llamar a la siguiente dirección en Esmirna. Simplemente había buscado direcciones de iglesia en el Internet. ¿Su justificación? Se había enajenado bajo la influencia de una serie televisiva turca (*Kurtlar Vadisi* – Valle de Lobos) que muestra a los cristianos como conspiradores contra Turquía.

El 20 de julio de 2009 Gregar Kerkelink, un turista alemán que salía de la iglesia católica de San Antuan de Estambul, fue acuchillado en medio de la vía pública por un agresor, que alegó haberse levantado aquella mañana con ganas de matar a un cristiano.

El pasado 3 de junio de 2010 el Obispo Apostólico de Anatolia Luigi Padovese fue degollado por su chofer en la ciudad de Iskenderun (cerca de Antioquia, al sureste de Turquía), quién tras el asesinato subió a la azotea y clamó “Allah’u ekber” (“Alá es grande”; como también había gritado alguno de los sicarios mencionados anteriormente) y luego vociferó: “He matado al diablo...”

Con todos ellos –menos con el turista alemán– había tenido cierto contacto o los conocía personalmente. Por ello no puedo describir las emociones encontradas y convulsas

vividas en cada caso. Pero quisiera concluir con tres testimonios que nos den una medida de equilibrio sobre la dimensión espiritual de los hechos.

El primero, es el texto que se leyó en el funeral del sacerdote Santero por sus compañeros de apostolado con dolor pero entre alabanzas y oraciones de gratitud al Señor:

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.” (Juan 12:24-26)

El segundo, es la reflexión de la viuda de Hrant Dink, Rakel Dink, leída por ella en el funeral multitudinario de su marido, que tuvo lugar el de 23 de enero de 2007 en Estambul, y que todavía retumba en los oídos de toda una nación:

“Se que hubo un tiempo en el que el asesino fue un bebé; ¿Qué fuerza de las tinieblas es la que puede convertir un bebé en asesino? Esto es lo que nos hemos de cuestionar... porque al cielo, sola y únicamente entrará el amor”¹⁷

El tercero, son unos versos premonitorios de uno de los mártires de Malatya, Necati Aydin, que nos pueden servir de reflexión final a nosotros los creyentes en cuanto a nuestra actitud hacia la vida y la muerte, y en cuanto a cómo aprovechar toda oportunidad aquí, cuando hoy es el primer día del resto de nuestras vidas:

Le he dado mis señas a la muerte,
Para que sin buscarme me encuentre,
Que no piense que la temí,
que me oculté de su suerte...

¡Séanos cercana la muerte!
¿No está ya siempre presente?
Me voy, sin decir adiós a mi gente,
sin saciarme del amor, de la verdad,
de la hermosura, de la bondad...
Pero corro en todo instante,
para alcanzar en cada instante,
la meta, la eternidad.

Carlos Madrigal,
Fundación de la Iglesia Protestante de Estambul
Pastor Fundador
Estambul, Noviembre de 2010

¹⁷ “...katilin de bir zamanlar bebek oldugunu biliyorum. Bir bebegi katile dönüstüren karanliklar sorgulanmalidir. (...) cennete yalniz ve yalniz sevgi girecek.”